

LOS PRINCIPIOS.

DIARIO DE LA TARDE.

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS, EXCEPTO LOS FERIADOS.

REDACTOR PROPIETARIO, ANGEL POLIBIO CHAVES.

SERIE III.

Quito, octubre 28 de 1883.

NUM. 62.

28 de Octubre, San Simón.

Nombre del Libertador Bolívar, á cuya ilustre memoria se dedica este Número de "Los Principios."

"LOS PRINCIPIOS."

Quito, 28 de octubre de 1883.

SINON BOLIVAR.

De los grandes hombres de la Historia, sólo uno hay al cual se asemeja, superándole aún bajo ciertos aspectos.

Comparar á Bolívar con el joven Alejandro que encuentra preparado el terreno para sus grandes conquistas, que comienza sus campañas con los veteranos de Dario, que sojuzga pueblos indolentes, corrompidos y bárbaros, es error tamaño; porque Bolívar comienza la lucha sola, sin elemento alguno, contra una Nación poderosa y civilizada.

Compararle con Napoleón, tampoco es razonable; el Corzo tiene á sus órdenes ejércitos victoriosos en cien combates, una Nación rabiosa de entusiasmo, hombres que tienen el fanatismo de la patria; Bolívar levanta á sus esclavos ignorantes y casi bárbaros, lucha contra España y contra la Nación á la cual quiere libertar, contra un pueblo que creía divinos á los reyes, desobedeciendo perder la gloria eterna, y que tenía por delito toda innovación, y por santo todo lo del absurdo colóniage.

Compararle con Washington, no es tan poco buscarle un semejante: el uno, se pone á la cabeza de un pueblo ilustrado y libre, que quiere independencia, no da impulso á los acontecimientos, no mide más piés sobre la talla de sus contemporáneos, es sólo un hombre; Bolívar, emprendió libertar un pueblo que no conoce ni quiere la libertad, fuerza á la misma fortuna, saca hombres, pertrechos y acontecimientos de su cabeza; es un Genio.

Sólo es comparable con Moisés, y esto que el grande hebreo no era sino instrumento de Dios, que le hablaba frente á frente, en época primitiva y de prodigios.

Moisés se presenta el solo para recobrar de Faraón la libertad del pueblo de Abrahán; y su bara es ejército, langostas, tinieblas y sangre para amedrentar al impío. Bolívar

se levanta solo, hasta los elementos se conjuran contra su obra; y no tiene sino su constancia para contrarrestar á España, á la ignorancia y al fanatismo.

Moisés y Bolívar hacen pueblo de una multitud de esclavos. El uno triunfa de su enemigo á un movimiento de las olas; el otro rompe las olas á caballo, y arrancan sus llaneros una victoria inverosímil.

Mil veces se sublevan contra ellos los pueblos que conducen, y mil veces son desvaratados por su genio. Moisés recorre en cuarenta años el desierto; Bolívar en cuatro, una extensión mayor, combatiendo, triunfando y haciendo libres.

El uno da leyes recibidas en medio de truenos y relámpagos; el otro legisla en medio de combates y trastornos.

El uno lleva el Arca santa de la ley; el otro la idea redentora de un continente.

Moisés queda mudo en el Sinai; Bolívar canta sobre el Chimborazo.

María entona himnos al otro lado del Mar rojo, porque Moisés era tardo de lengua y rufo de palabra; Bolívar es el guerrero y el poeta; sus proclamas son siempre el remate sublime de sus grandes acciones.

Moisés divisa desde el monte Nevo la Tierra que ha buscado; Bolívar sienta en el alcazar de la patria la libertad que ha conquistado; pero ¡ay! no espira como el Hebreo, en el momento en que debía: le aguarda Santa Marta.

Alejandro y Napoleón lucharon por remachar cadenas; Washinton por romperlas; Moisés por fundar un pueblo. Bolívar tan ilustre general cómo los primeros, tiene la aureola del segundo y lo augusto del tercero.

Bolívar es el vencedor de España, el Libertador de América, el fundador de cinco pueblos.

INSERCIONES.

EL MEDALLON

DE WASHINGTON.

En 1824 el congreso de los Estados Unidos decreta por unanimidad investir al presidente Monroe para que á nombre de la nación invitase al general Lafayette á visitar la gran República. Lafayette, entonces en Francia, no titubeó ante tan honroso y espontánea invitación, y rechazando el buque de guerra que le ofrecía el gobierno, prefirió uno mercante que le brindaba más comodidades, y se embarcó á mediados de

julio del mismo año. El 15 de agosto, Lafayette, desembarca en Nueva York y pisa su suelo después de prolongados años de ausencia. ¡Qué ovación! ¿Puede haber pluma que tratara de describirla? Cuando los corazones de millares de hombres palpitan á un mismo tiempo; cuando millares de pueblos se mueven á un tiempo estimulados por un mismo sentimiento; cuando el objeto es único y grande é imperecedera la gloria que él representa, ¡qué lenguaje podía pintar á lo vivo el entusiasmo patrio, el delirio de la gratitud universal, dos generaciones que se funden en presencia de uno de los atletas de la libertad y ante la imagen de Washington? Pocas ovaciones en la historia del género humano pueden igualar á ésta; excederla, ninguna. Lafayette debe visitar todos los Estados de la Unión, y en todos debe recibir la corona del triunfo; así es que desde el momento en que pisa el suelo americano hasta su salida, su residencia es una continuada procesion triunfal.

En diciembre de 1824, el congreso obsequia á su ilustre huésped con 200 mil pesos en oro y dos mil acres de tierra, como un pequeño tributo con el cual la patria de Washington recordaba sus servicios. En cada uno de los veinticuatro Estados, Lafayette es recibido en triunfo; por todas partes festividades, ovaciones populares y los mil clarines de la prensa lanzando al mundo el nombre de aquel mortal afortunado.

¡Hubo en estas ovaciones algún recuerdo á Bolívar, algo que revelase el reconocimiento de los hechos consumados en la América del Sur? La historia de los primeros años de Colombia, lo sangriento de la lucha, el ruido que debía causar en el mundo civilizado la emancipación de un grande continente, todo era conocido del pueblo de los Estados Unidos. Los Americanos del Norte habían asistido, desde lejos, á todas las peripecias del drama, y conocían su último y glorioso acto, cuando durante la visita triunfal de Lafayette—1824 á 1825—llegó á sus oídos el triunfo de Junín, la batalla final de Ayacucho, la rendición del Callao. Bolívar, para esta fecha, había entrado por completo en los dominios espaciales de la historia, y el pueblo de la América del Norte no titubeó al discernirle el honroso título de "El Washington de la América del Sur".

Todavía más. En el espléndido banquete con q'el congreso obsequió, en Washington, al general Lafayette, Enrique Clay, el eminente ciudadano, cuya muerte en 1852 fué para los Estados Unidos un duelo

público, habló de Bolívar ante sus colegas de una manera que podemos juzgar como oficial. En medio del entusiasmo de aquel obsequio regio, en el cual Lafayette fué el único héroe de la fiesta, Enrique Clay, se puso de pié y expresó los siguientes conceptos: "Mientras gozamos en la paz, abundancia y seguridad de los beneficios de las instituciones libres que fundaron el valor y patriotismo de nuestros padres y de sus valientes compañeros que ahora están presentes; al recordar libre y satisfactoriamente la memoria de nuestra revolución, ¡podremos olvidar que nuestros vecinos y amigos en el mismo continente luchan ahora para completar aquella libertad é independencia, que, entre nosotros, fué tan felizmente recobrada? En su favor ninguna nación, ningún generoso y desinteresado Lafayette se ha mostrado; y solos, y sin ayuda han sostenido su gloriosa causa confiados en su justicia, y sin más auxilio que el que les proporcionan su valor, sus desiertos y sus Andes..." Clay siguió hablando de España y de su rey, durante aquella época, en términos algo fuertes, y, al concluir propuso el siguiente brindis: *Por el General Bolívar, el Washington de la América del Sur, y por la República de Colombia.* Y aquella reunión compuesta de más de seiscientos diputados representantes del pueblo anglo-americano, en una noche de júbilo, poniéndose de pié y elevando sus copas, gritó en un solo ritmo delante de Lafayette: "Por Bolívar, el Washington de la América del Sur, y por la República de Colombia." Esta fué la frase cordial y elocuente con que la gran República saludaba á las jóvenes nacionalidades de la América del Sur, que Bolívar acababa de crear; y el apellidar á éste con el nombre del ilustre fundador de la República, quería decir que así como las demás revoluciones del globo habían formado en el nuevo hemisferio dos continentes circundados por el Océano, é independientes del viejo mundo, así no podía haber en la historia de América sino dos Washington.

Antes de partir para Europa, Lafayette quiso visitar la tumba de Washington en Mont Vernon y contemplar el lugar donde el Cincinnati americano pasó los últimos años de su vida, y donde se encuentran sus mortales despojos. En presencia de los restos gloriosos del grande hombre, Lafayette recibió de la familia del ilustre patriota entre otros presentes, el cordón de la Orden de Cincinnati que había usado el Libertador de la América del Norte, y lleno

de noble orgullo se prestó á servir de intermedio con Bolívar, para remitir á éste el regalo con que aquella célebre familia quería obsequiar igualmente al Libertador de la América del Sur. Este regalo consistía, en una medalla de oro que había sido consagrada al Padre de la Patria por la nación americana, en uno de los aniversarios de la independencia, y en un medallón que contenía el retrato y cabello de Washington. Nada sabemos del paradero de la medalla, pero sí conocemos el retrato que es hoy propiedad del señor Pablo S. Clemente, sobrino del Libertador. —Es un medallón de oro en forma oval, con un diámetro mayor de 7 centímetros y otro de 5 que tiene por el anverso el retrato de Washington, artísticamente ejecutado en miniatura y por el reverso un esmalte azul en cuyo centro aparece cubierto por un óvalo pequeño de cristal el cabello del Cincinato moderno. En derredor del esmalte y sobre una lámina de oro está grabada la siguiente inscripción:

Auctoris Libertatis Americam in Septentrione hanc imaginem dit fatus ejus.

[PATER PATRIE.]

Adoptatis illi qui gloriam similit in castris adeptus est.

“Este retrato del autor de la Libertad en la América del Norte, lo regala su hijo adoptivo á aquel que alcanzó igual gloria en la América del Sur.”

Fué así como la familia de Washington, á nombre de la América del Norte y evocando los manes y las glorias de su ilustre jefe, el Padre de la Patria, manifestó su admiración hacia el Washington de la América del Sur. Pero lo que da todavía más realce á este presente americano, es que el encargado de transmitir á Bolívar, tan expresivo recuerdo, fué aquel Lafayette tan célebre en los anales de la libertad moderna, y de quien recibió el Libertador la siguiente carta, por el intermedio de la Legación de Colombia en Washington:

AL GENERAL BOLIVAR,

Presidente Libertador.

Washington—City, Setiembre 1º. de 1825:

Señor Presidente Libertador.

No podía ser mejor apreciando, por la familia del general Washington mi afecto religioso y filial á su memoria. Hoy me encuentro encargado de una comisión muy honrosa.—Al reconocer el exacto y parecido del retrato me siento feliz, pensando que entre hombres que viven, y aun entre todos los de la historia, no á otro sino al general Bolívar, hubiera preferido ofrecerlo mi paternal amigo. ¿Qué más diría yo al gran ciudadano que la América del Sur ha saludado con el nombre de Libertador, nombre confirmado por ambos mundos, quien dotado de una influencia igual á su desinterés, lleva en su corazón el amor de la libertad sin ninguna reserva, y el de la República en toda su pureza? Sin embargo los testimonios públicos de vuestra benevolencia y vuestra estima me autorizan para presentaros las felicitaciones personales de un veterano de la causa común, que próximo á partir para otro hemisferio, seguirá con sus votos, el glorioso remate de vuestros trabajos, y esa solemne asamblea de Panamá, donde quedarán consoli-

dos y completos todos los principios y todos los intereses de la independencia, de la libertad y de la política americana.

Recibid, señor Presidente Libertador, el homenaje de mi profunda y respetuosa adhesión.

Lafayette.

AL GENERAL LAFAYETTE.

Señor General:

“He tenido la honra de ver por la primera vez los nobles caracteres de esa mano bienhechora del Nuevo Mundo. Este honor lo debo al señor coronel Mercier que me ha entregado vuestra estimable carta del 15 de octubre del año pasado. Por los papeles públicos he sabido con un gozo inexplicable que habéis tenido la bondad de honrarme con un tesoro procedente de Mont Vernon, el retrato de Washington, alguno de sus restos venerables, uno de los monumentos de su gloria deben presentarse por vuestras manos en nombre de los hermanos del gran ciudadano, del hijo primogénito del Nuevo Mundo. No hay palabras con que explicar todo el valor que tiene en mi corazón este presente, y sus consideraciones tan gloriosas para mí. La familia de Washington me honra más allá de mis esperanzas aun las más imaginarias, porque Washington presentado por Lafayette es la corona de todas las recompensas humanas. El fué el noble protector de las reformas sociales y vos el héroe ciudadano, el atleta de la libertad que con una mano sirvió á la América y con la otra al antiguo continente. Ah! que mortal sería digno de los honores de que se dignan colmarne vos y Mont Vernon! Mi confusión es igual á la inmensidad del reconocimiento que os ofrezco junto con el respeto y la veneración que todo hombre debe al Néstor de la Libertad.

“Con la más grande consideración, soy vuestro respetuoso admirador.

Lima, Marzo 20 de 1826

Bolívar.”

[“La República” de S. Salvador.]

VARIEDADES.

Juicios de hombres ilustres.

SIMÓN BOLÍVAR, miembro de una noble familia, comenzó en Cartagena la gloria de su nombre. Nacido en Caracas en 1783; fué enviado á Madrid para hacer allí sus primeros estudios, y en Francia se inspiró en el amor y en las luces de la Filosofía. En la edad en que aún el hombre es frívolo, y en el seno de una capital brillante, se entregó á las meditaciones que forman al legislador, á las ciencias que forman al guerrero, y no buscó amigos sino entre los hombres que eran ya célebres. Humboldt y Bonpland lo acompañaron en varios viajes. Italia, Alemania ó Inglaterra recibieron á su turno al joven extranjero.

El espectáculo del mundo, presentando á sus ojos las miserias del despotismo y los esplendores de la libertad, prepararon su alma á las virtudes republicanas. De tiempo atrás la emancipación colonial era el voto de ambos hemisferios; los gabinetes diplomáticos y los círculos sociales, movidos por diversos sentimientos, se ocupaban igualmente de esto, especialmente en Francia, donde la presencia de un viajero americano despertaba siempre el recuerdo de Franklin y de los primeros insurgentes. Recientes tentati-

das parecían anunciar á Bolívar que sus compatriotas no esperaban sino un libertador. Una grande idea estaba sin cesar presente á su imaginación, mientras que naturaleza y estudio desarrollaban en él las cualidades de los héroes.

Bolívar está dotado de grande fuerza y actividad; tiene los rasgos de su fisonomía regulares y nobles; fuego extraordinario en su mirada; benevolencia sin debilidad; ciencia, lenguaje y virtudes que imponen á los hombres; esta influencia se fortifica en él con las facultades que encadenan á la fortuna; la prontitud y la seguridad del espíritu, la perseverancia que hace fecundas las grandes ideas, el valor que las realiza y esa inquietud que exige al porvenir la seguridad del presente.

M. Lallement.

[Histoire de la Colombie.]

SIMÓN BOLÍVAR, nacido de familia noble, en Caracas, en 1783, educado en España, recogió en París en 1804 las Memorias recientes de la gran Revolución y vió coronado á Bonaparte y en él la unidad de Francia. Roma, inspiradora de magnánimas ideas, excitó también el entusiasmo del joven, que en el Monte Sacro juró redimir á su patria. De regreso á ella, no tomó parte en los movimientos de 1810, acaso creyéndolos intempestivos y no aguardándole el liberalismo. Cuando después tomó las armas, sus primeras tentativas fueron desgraciadas, pero en breve desplegó sus proyectos, inculcando la idea de que toda la América debía ser solidaria de la Revolución de cada provincia y de la que no debían diseminarse las fuerzas en los distritos, sino que era preciso reunir las todas para dar un gran golpe al enemigo, no dejando rincón del país donde no se proclamase la libertad. Habiéndose puesto al servicio de Cartagena, atacó á los españoles que impedían la navegación interior en el río de la Magdalena; no cuidándose de los límites impuestos á sus operaciones, entró en Ocaña y restableció la comunicación entre Cartagena y Pamplona, y asegurando la libertad con dilatarla, penetró en Venezuela para redimirla á nombre de la Nueva Granada. El descontento excitado por Monteverde lo favoreció trocándose en furor, y la bandera de la independencia recorrió los floridos valles de Cúcuta.

Bolívar, preparándose para destruir á Monteverde, pudo con trabajo reunir un ejército libertador de quinientos hombres, con los cuales atacó á seis mil españoles veteranos que obedecían á aquel temido jefe. Con este puñado de gente propagó la revolución precisamente cuando Bonaparte con quinientos mil hombres la dejaba perecer en Europa. Con estrategia particular guió á su ejército por desiertos ó sabanas sin límites ni caminos, ya bajando á los pantanos de Orinoco, ya subiendo hasta los ventisqueros de los Andes, renovando los milagros de la primera conquista. Y en las batallas con los enemigos no había piedad ni consideración por ninguna parte, sino furor y venganza.

César Cantú.

[Historia de cien años.]

—TENER en mira la conservación de la República y del príncipe, sin cuidarse de sus bienes, de su esposa, de sus hijos y de su propia vida; reprimir las faltas y castigar los crímenes de sus subordinados; tener con los vencidos los miramientos debidos á la desgracia; tratar con dulzura y equidad á los pueblos con-

quistados; mostrarse paciente en las fatigas y trabajos, modesto en los triunfos, valeroso en los reveses; no tener por objeto sino el bien, la libertad y la gloria de su país, pero rehusando procurárselos, si esos beneficios sólo pueden adquirirse ó conservarse á costa de un crimen y de una injusticia; tal debe ser un general: la historia antigua puede presentar cinco ó seis ejemplos; los tiempos modernos sólo exhiben dos: WASHINGTON y BOLIVAR.

Jony.

[La moral aplicada á la política.]

—SI BOLIVAR muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En lo pasado no tiene semejante, porque Washington no tuvo nunca en sus manos, en las colonias británicas del Norte, el poder que Bolívar ha asumido entre los pueblos y desiertos de la América del Sur.

Benjamin Constant.

Retrato de Bolívar.

Bolívar tenía la frente muy alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad, indicio de pensador. Pobladas y bien formadas las cejas. La nariz larga y perfecta Tuvo en ella un pequeño lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820, dejando una señal casi imperceptible. Los pómulos salientes; las mejillas hundidas desde que lo conoció en 1818. La boca fina y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz al superior era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos; cuidábalos con esmero. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo muy negro, fino y muy crespo; lo llevaba largo en los años de 1818 á 1821, en que empezó á encanecer y desde entonces lo usó corto. Las patillas y bigotes rubios; se los afeitó por primera vez en el Potosí en 1825. Su estatura era de cinco pies seis pulgadas inglesas. Tenía el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados; un majer los habría envidiado. Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritable: el cambio era increíble.

Bolívar tenía siempre buen apetito, pero sabía sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conecador de la buena cocina, comía con gusto los sencillos y primitivos manjares del llanero ó del indio. Era muy sobrio; sus vinos favoritos eran “grave” y “champana”; ni en la época en que más vino tomaba le vi beber más de cuatro copas de aquel ó dos de éste. Cuando servía, llenaba él mismo las copas de los huéspedes que estaban á su lado.

Hacía mucho ejercicio. No he conocido á nadie que soportase como él las fatigas. Después de una jornada que bastaría para rendir al más robusto, lo he visto trabajar cinco ó seis horas ó bailar otras tantas, con aquella pasión que tenía por el baile. Dormía cinco ó seis horas de las veinticuatro, en hamaca, en catre, sobre un cuero, ó envuelto en su capa en el suelo ó en el campo raso, como pudiera ser blandita pluma. Su sueño era tan ligero y su despertar tan pronto, que no á otra cosa debió la salvación de su vida en el Rincón de los Toros. En el alcance de la vista y en el fino del oído no le aventajaban ni los llaneros. Era diestro en el manejo de las armas, y diestrísimo y atrevido ginete, aunque no muy apuesto á ca-

